

Palabras de fe: Jean Guilton

Mons. Agustí Cortés Soriano
Obispo de Sant Feliu de Llobregat

Las grandes cuestiones y los pensamientos profundos llegan a entenderse al escuchar a un verdadero sabio que trata de explicarlos a un niño.

«Cuando abres los ojos y ves el sol, a esta acción se la denomina ver. Cuando el profesor te dice que el sol es 322.000 veces mayor que la tierra, pues la ciencia lo demuestra, aunque tú no puedas verlo, se llama a eso saber. Por último, si una mujer te dice que te quiere, tu madre por ejemplo, aunque no pueda demostrártelo, y aunque tú no lo veas, aceptas esa palabra: se llama a esto creer. Saber es más hermoso que ver. Pero creer es mucho más hermoso todavía que saber, ya que en el acto de creer hay mucho amor».

Estas palabras fueron escritas por el gran filósofo católico Jean Guilton (1901-1999) y pertenecen a *Mi pequeño catecismo*, uno de sus escritos «del final de su vida», en el tiempo en que todo se ha de simplificar y explicar como si se hablara con un niño; cuando, según sus propias palabras, «el crepúsculo se aproxima a la aurora». Profesor de vocación en liceos y en la universidad, escritor ensayista, comprometido en causas sociales y eclesiales, observador y consultor en el Concilio Vaticano II, miembro de la Academia Francesa de la Lengua y de la Academia de las Ciencias Morales y Políticas....

Podemos decir que estas palabras, en su sencillez, son el resultado de un camino que Jean Guilton anduvo toda su vida desde su adolescencia.

Su familia, de clase media, creyente, vivía el contraste de una fe muy aferrada a la tradición, representada por su padre; y una fe muy abierta al progreso de la ciencia, representada por su madre. En el libro *Lo que yo creo* relata cómo ella, su madre, a escondidas de su padre, trataba de convencerle de que la fe cristiana era compatible con la teoría del evolucionismo... Esta circunstancia, unida a su condición de creyente abierto a la cultura moderna, hizo de él una persona que vivió siempre en el límite y en la frontera, no para subrayar los contrastes, sino precisamente para tender puentes. Así, al tiempo que distinguía los campos propios de la ciencia y de la fe, llegaba a afirmar, con algunos científicos, que la ciencia actual planteaba algunas cuestiones que se podían responder apelando a verdades que pertenecen al campo de la fe, como el Dios personal creador y trascendente...

Jean Guitton, como cualquiera de nosotros, sabía que en el siglo XIII la mirada de un creyente, Francisco de Asís, vio el mismo sol, del que hoy un científico sabe tanto, y se puso a cantar lleno de alegría:

«Loado seas, mi Señor, por el hermano sol, que alumbra y abre el día y es bello en su esplendor, y lleva por los cielos noticia de su autor...». Eso no lo diría la ciencia, pero forma parte de «la verdad del sol», a nuestro entender dice más del astro que todo cuanto un científico pudiera averiguar con sus instrumentos. La fe descubre belleza, don, agradecimiento, significado profundo de las cosas, al reconocer la presencia del Hacedor que amando crea el universo.

El creyente también asumirá y tratará de armonizar lo que le dice la ciencia y lo convertirá todo en motivo de alabanza. El gran teólogo Hans Urs von Balthasar tituló uno de sus libros *La Verdad es sinfónica*. En efecto, la fe consiste en descubrir la sinfonía de la Verdad, esa sinfonía que compuso el Creador y que suena maravillosamente por todo el mundo para el que desee escuchar.

No somos pocos los católicos que hemos visto nuestra historia de fe profundamente marcada por el Concilio Vaticano II. Desgraciadamente no todos parece que lo hayan «digerido» bien: unos porque piensan que el concilio traicionó la fe de siempre, otros porque se han quedado con los cambios superficiales y han vaciado su fe de todo significado y de toda certeza.

En todo caso, la profunda marca que nos dejó el concilio hace que Jean Guitton nos resulte muy cercano. En efecto, los puentes que él deseaba tender entre la fe y la ciencia se corresponden con los que construyó en casi todos los ámbitos de su vida y su pensamiento. Quienes hayan vivido la Iglesia de los años setenta y ochenta, entenderán que le podamos cali-

ficar de «cristiano del diálogo». Así le vemos alineado perfectamente con su gran maestro y amigo, el papa Pablo VI, y con el espíritu y la letra del Concilio Vaticano II.

Desde su juventud y bajo la influencia de algún sacerdote, como el P. Pouget, a quien considerará toda su vida como «un tesoro enterrado en un campo», practicó el diálogo, aunque entonces tuviera que hacerlo en una especie de «clandestinidad». Lo vivió en el ámbito ecuménico (en reuniones a escondidas con representantes de otras confesiones cristianas), como en el ámbito del pensamiento contemporáneo, en sus contactos con teólogos y filósofos abiertos a la modernidad, como en el de los problemas socioculturales, en su participación en las semanas sociales. Se entenderá que llegara a escribir: «El Concilio ha sido la sorpresa, la corona y la dicha de mi vida, el acontecimiento esperado y, no obstante considerado imposible, que... se convertía para mí en el término y en el misterio, en un término y en un origen».

Pocos católicos laicos habrán anhelado, gozado, vivido el Concilio Vaticano II como él, invitado por el Papa a participar como observador y habiendo hablado en la asamblea de obispos: para él se trataba verdaderamente de una Iglesia abierta al diálogo.

Pero, ¿qué significaba esto realmente? La tercera parte de su encantador libro *Diálogos con Pablo VI*, viene titulada como «El diálogo sobre el diálogo». Ambos interlocutores glosan lo que el Papa había expuesto en el capítulo 5º de su encíclica *Ecclesiam suam* sobre esta cuestión. ¿Es posible realmente el diálogo, incluso el diálogo entre un creyente y un ateo? ¿No acabamos cada uno con su opinión, no corremos el peligro de disolernos o de buscar un puro consenso para que nadie se moleste?... Guilton retenía una frase que su madre había copiado en su Carnet malva: «Es preciso que se restablezca la armonía entre los modernos sin fe y los creyentes sin modernidad, es preciso que los primeros encuentren a Dios y que los segundos marchen adelante sobre la tierra».

Él tenía claro un principio básico: el diálogo es un camino para llegar a un lugar, una búsqueda para encontrar algo. Ese lugar y ese «algo» es la Verdad. «¿Qué es un concilio, sino un órgano comunitario, destinado a mantener, a purificar, a promover la fe?», dirá en *Lo que yo creo*. La belleza del diálogo injertado en el camino de la fe, consiste en propiciar la búsqueda en común, en lo que tiene de intercambio, de escucha, de humildad, de práctica del amor cristiano. Pero su sentido y su valor estriban en ser un medio para que un día la Verdad buscada juntos también sea disfrutada en común. De nada habrá servido el Concilio Vaticano II si no nos ha hecho creer más y mejor.

Jean Guitton escribió muchas palabras de fe. Todas salieron de su búsqueda apasionada por hallar la Verdad; una búsqueda que realizó como filósofo y como cristiano, impelido por una convicción de la que nunca dudó: que esa Verdad realmente existía y se podía alcanzar. La fe para él significaba el cumplimiento de las aspiraciones humanas más profundas y, al mismo tiempo, la purificación o liberación de todas las falsificaciones o idolatrías. Es lo que expresaba en referencia al orden social: «Si Dios no está por encima del pueblo, es el pueblo quien se convierte en Dios, la ley humana en voluntad de Dios, el derecho humano en derecho divino. La libertad de pensar de forma distinta a la opinión pública se vuelve idéntica a la blasfemia. No hay entonces ni democracia, ni libertad, ni laicidad».

Y puesto que la realidad de la vida personal, la esencia de lo que somos, las creencias más personales y profundas, se concentran en el momento de la muerte, Guitton compuso un libro extraordinariamente sugestivo, original y en cierto modo bello; no le faltan algunos rasgos de humor. Se titula *Mi testamento filosófico*. Aquí el autor recurre a un artificio que le permite dramatizar su muerte, su entierro y su juicio, haciendo comparecer personajes, incluidos santos y el propio Jesucristo, que fueron decisivos en su vida. Todo el libro es una palabra de fe y de razón humana. Así, dirá a Lucifer: «Si nunca he perdido la fe es porque me parecía que al abandonar la fe traicionaba la razón crítica. En resumidas cuentas, he mantenido la fe por espíritu crítico...».

Hace pasar en sendos diálogos a los grandes inspiradores de su búsqueda: Pascal, para asentar su fe en Dios trascendente, Bergson para manifestar su fe en Jesucristo, Pablo VI para justificar su condición de católico. Se convierte en espectador de su propio entierro, donde tiene ocasión de conversar con De Gaulle, con Sócrates, con Blondel y con Dante, y donde hace una primera aproximación al gran tema del amor a propósito de su matrimonio, ridiculizado por algunos, pero defendido por su esposa, que confiesa haber sido verdaderamente amada, a pesar de su frialdad racional y «sus despistes»...

«¿Qué es el amor humano?... Un impulso de vida que se reflexiona, se interioriza y se eleva a lo espiritual. En la superficie, la juventud, la belleza, la pasión, el placer. En el primer nivel de profundidad, la alegría, el honor, la confianza, la estima, el respeto amoroso, la generosidad tierna, el afecto firme y cordial... ¿Y en las grandes profundidades? El abismo que llama al abismo».

Pero el centro de esta obra es la dramatización del juicio, ya que en él se ha de dilucidar el valor, el peso y el sentido de toda su existencia. Hay cargos contra él, pero también testigos que trabajan a su favor: François

Mitterrand, que murió posiblemente en el umbral de la fe, gracias al trato que con él mantuvo en vida y, sobre todo, Sta. Teresa de Lisieux. Quedaba la cuestión definitiva. Había confesado a Mitterrand: «Señor presidente, siento no haber amado lo suficiente». Su última palabra en el juicio estaba escrita en un papel que le cayó al suelo. Sta. Teresa corrió a recogerlo. “Por favor, léalo usted misma”. Era un texto de Ruysbroek: «Cuando el hombre considera en el fondo de sí mismo con ojos quemados por el amor la inmensidad de Dios... y mirándose a sí mismo descubre los atentados contra el inmenso y fiel Señor... no conoce un desprecio suficientemente profundo para satisfacerse... Se resigna entonces a la voluntad de Dios y, en la abnegación íntima encuentra la paz verdadera. Nuestros pecados se han convertido en fuente de humildad y amor, estar inmersos en la humildad es estar inmersos en Dios, ya que Él es el fondo del abismo...».

Fuente: Agencia SIC